

PHILIP MIROWSKI



Robert Rubin



Allan Greenspan



Larry Summers

# NUNCA DEJES QUE UNA CRISIS TE GANE LA PARTIDA

¿Cómo ha conseguido el neoliberalismo,  
responsable de la crisis, salir indemne  
de la misma?

DEUSTO

## Índice

Portada

Dedicatoria

1. Otra pesadilla en números rojos

2. La doctrina del bloqueo del shock

3. El neoliberalismo cotidiano

4. Galimatías

5. El choque de lo nuevo

6. La guía roja del manual de estrategia neoliberal

Bibliografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A los neoliberales de todos los partidos*

## 1

## Otra pesadilla en números rojos

La crisis que no cambió demasiadas cosas

Imagine la típica secuencia de una película de terror de serie B, en la que el protagonista sufre un encuentro espeluznante con el destino y, justo al borde del desastre, despierta repentinamente en un mundo diferente, que en un principio parece normal, pero luego se revela como una segunda pesadilla más espantosa aún que la primera.<sup>1</sup> Algo así ha sucedido en la vida real desde que se inició la crisis en 2007. Desde que estallara, ha sido bastante difícil tener que soportar el desplome de los precios de las viviendas, los incumplimientos de pago y las ejecuciones hipotecarias, el colapso del empleo que todavía quedaba en la industria, la reducción de barrios enteros a escombros, la evaporación de las pensiones y las cuentas de ahorro, la consternación al ver cómo se marchita la esperanza de una vida mejor para nuestros hijos, los vecinos que se aprovisionan de armas de fuego y la gente que confunde la bancarrota con el Arrebatamiento. Fue un interludio inquietante, con el eterno retorno de Nietzsche reducido a una hoja de Excel repleta de estadísticas de la Gran Depresión de los años treinta.

Avancemos rápidamente hasta 2011. Fuera cierto o no, la gente por fin confiaba en que las cosas empezaban a cambiar. Además, los periodistas de los principales medios barajaban la idea de que la economía académica había fracasado, e insinuaban que nuestras mentes más brillantes

estaban preparadas para reconsiderar las doctrinas que habían llevado al mundo por un camino equivocado. Sin embargo, a medida que el año tocaba a su final, lentamente nos dimos cuenta de que la suposición más lógica de que éramos capaces de despertar de la espantosa pesadilla, de que podríamos aprender de los errores y las falacias de la era de las locuras neoliberales, no era más que una alucinación insidiosa. Un oscuro letargo cubría la tierra. El sentimiento de crisis había pasado sin que hubiera habido ningún intento serio por rectificar los errores que casi habían llevado a la economía a la paralización, y además, inexplicablemente, la derecha política había resurgido de esta confusión fortalecida, impenitente e incluso no tan comedida en su codicia y credulidad como antes de la crisis.

En 2010, la izquierda entra en una sombría era de confusión y perplejidad. Fue necesario un grado poco frecuente de autoconfianza o entereza para no boquear atónitos ante el poderoso resurgimiento de la derecha con tanta rapidez después del colapso económico global más espectacular desde la Gran Depresión de los años treinta. «Incongruencia» parece un término excesivamente amable para describir el desarrollo de los acontecimientos; «contradicción» resulta demasiado obsoleto. La austeridad pasó a ser la consigna en casi todos los países; los gobiernos de todo el mundo se convirtieron en chivos expiatorios del descontento de cualquier índole, incluido el generado por la austeridad. En nombre de la probidad, la clase trabajadora se convirtió en el blanco de todas las críticas, incluso de los partidos teóricamente «socialistas». En los escasos ejemplos en que la movilización de clases fue acometida por los sindicatos para contratacar, como fue el caso de Scott Walker en el estado de Wisconsin, la cuna del progresismo norteamericano, fracasó. El predominio mundial generalizado de las doctrinas neoliberales y de los partidos de derecha desde Europa a Norteamérica y Asia ha desconcertado a los partidos de izquierda que, no hace muchos años, es-

taban seguros de haber realizado por fin avances tras décadas de injerencia neoliberal. Con total descaro, en muchos casos los partidos de izquierda fueron destituidos sin miramientos por haber luchado para contener las peores repercusiones de la crisis. Por el contrario, las instituciones financieras que habían precipitado la crisis y habían sido rescatadas gracias a una acción gubernamental obtenían resultados positivos —prosperaban según los niveles previos a la crisis— y en un audaz despliegue de ingratitud sin límites, financiaban decididamente a la derecha emergente. En efecto, la asombrosa recuperación de los beneficios corporativos prácticamente garantizaba la exuberante exfoliación poscrisis de la pontificación de los laboratorios de ideas. Movimientos nacionalistas protofascistas brotaron en los lugares más insospechados, y propusieron argumentos sin un ápice de sentido. «Pesadilla» no era un término hiperbólico; era el fin de toda arrogancia.

### El invierno de nuestra separación

Recuerdo que me estremecí al reconocer por primera vez que las secuelas de las crisis podrían quedar suspendidas en un estado de estupor mucho peor que la contracción en sí misma. En aquel momento, yo participaba en el segundo encuentro del Instituto del Nuevo Pensamiento Económico (INET) en Bretton Woods, New Hampshire, en abril de 2011.<sup>2</sup> Probablemente habría lugares más idóneos para tomar la temperatura del *Zeitgeist* de la poscrisis y observar la praxis de la economía política que en lo alto de las Montañas Blancas, pero yo llevaba demasiado tiempo fascinado por los deslices de la profesión económica, y, de todos modos, pensaba que el primer encuentro del INET en la Universidad de Cambridge en 2010 prometía —por ejemplo, cuando los manifestantes interrumpieron los tópicos de Dominique Strauss-Kahn del Fondo Monetario Internacional

(FMI) en el gran salón del Kings, o cuando lord Adair Turner sugirió audazmente que nuestro sector financiero debería ser mucho más reducido. Pero la continuación resultó ser profundamente inquietante y mucho más gélida, y no sólo debido a la atmósfera de pesimismo. El escenario de pesadilla se abrió con un desfile de figuras que nadie podría incluir en la definición de «Nuevo Pensamiento Económico» con la conciencia tranquila: Ken Rogoff, Larry Summers, Barry Eichengreen, Niall Ferguson y Gordon Brown. Adair Turner fue emplazado para el saludo final, repitiendo su actuación del año anterior, pero sólo ofreció gastados tópicos sobre los «estudios sobre la felicidad» y la racionalidad. El abanico de posturas económicas resultó mucho menos variado que en el primer encuentro, y era evidente que la agenda estaba más orientada a captar la atención de periodistas y blogueros, y a quienes estaban más interesados por contemplar de cerca el poder estelar de algunas figuras que por catar ideas complejas y originales. Representaba una obsesión enfermiza por la legitimidad garantizada y la reflexión recta y sensata. Pero, finalmente, incluso los periodistas y los blogueros percibieron la frialdad de las actuaciones. He aquí algunas respuestas contemporáneas:

Economistas de las universidades, como los que se reunieron en Bretton Woods, se ven sometidos a una implacable presión para ajustarse a un estrecho paradigma establecido. Inexplicablemente la mayoría de los partidarios de ese paradigma también creen que la crisis ha confirmado su validez.<sup>3</sup>

La última gran crisis provocó una revolución en la economía. Y ésta, ¿por qué no?... Ninguna de esas teorías parece haber modelado demasiado las propuestas de política económica procedentes de la Casa Blanca o el Congreso, donde los legisladores buscan la mayoría de su inspiración económica en los *think tanks* basados en el dogma... Ningún partido parece tampoco muy interesado en hallar respuestas que cuestionen la ortodoxia económica.<sup>4</sup>



El peso de las habitaciones decoradas al estilo de los años veinte, y la presencia anodina de tantas personalidades de la profesión económica (que procuramos aprovechar al máximo con entrevistas) genera una gran confusión sobre lo «nuevo» del Nuevo Pensamiento Económico. Una línea es la nostalgia, inaugurada en la sesión de apertura, en la que Rogoff recordó con pesar y agudeza que cuando era joven no tenía ningún compromiso con las enseñanzas de Charles Kindleberger... En una analogía que vi tres veces repetida, se decía que la economía se encuentra en una etapa en la que ya se ha producido la revolución copernicana, pero en la que todavía hay que utilizar la cosmología ptolemaica unas cuantas décadas más, para obtener asesoramiento político... Nada de esto es nuevo, y lo que es peor, nada es demasiado crítico. El Nuevo Pensamiento Económico es difícil de conseguir. Durante casi un siglo la financiación filantrópica trató de orientar la economía a la interdisciplinariedad y a la conciencia social e histórica, en la década de 1970 renunciaron. Y como cambiar es tan sumamente difícil, existe el peligro de que el INET se dé por vencido, y se convierta en un *think tank* ideológicamente a la izquierda del centro para debatir la lucha de las políticas. La labor de generar conocimiento a contracorriente requiere imaginación. Habría deseado ver a las grandes personalidades respaldándose mutuamente con alguna idea nueva procedente de la cartera de becados del INET. Habría deseado más trabajo de cooperación y menos discursos actuados [*sic*]. Habría deseado más tiempo de debate y de crítica. Habría deseado menos farsa y más tragedia.<sup>5</sup>

A diferencia de Gordon Brown, Larry Summers se representó a sí mismo en el papel de un chino mandarín harto del mundo que osaba cuestionar su mandato divino. Por ejemplo, cuando el irrefrenable Yves Smith preguntó a Larry Summers si los riesgos bancarios no se podrían reducir oportunamente en Estados Unidos si las grandes instituciones fueran gestionadas (léase: compensando a las altas esferas) más como empresas de servicios públicos, abortó de inmediato cualquier respuesta intelectualmente honrada haciendo que sonara como si le estuviera proponiendo nacionalizar la banca. Un hombre que según se dice había ganado millones asesorando a hedge funds un día por semana durante un año poco antes de servir en la Adminis-

tración Obama (y que, con toda probabilidad, ahora que ya no está, volverá a hacerlo), debería haber sido patriótico e intelectualmente honesto y ofrecer una auténtica respuesta.<sup>6</sup>

El momento más interesante en una reciente conferencia en Bretton Woods, New Hampshire —sede de la conferencia de 1945 que originó la actual arquitectura económica global— se produjo cuando el columnista del *Financial Times* Martin Wolf preguntó al antiguo secretario del Tesoro de Estados Unidos, Larry Summers, exconsejero del presidente Barack Obama en política económica. «Lo que ha ocurrido en los últimos años —preguntó Wolf—, ¿no sugiere que los economistas [académicos] no entendieron lo que sucedía?»... Para Summers, el problema es que hay demasiada «distracción, confusión y negación del problema en... el primer curso de la mayoría de los programas de doctorado». Como resultado, aunque «la ciencia económica sabe bastante», «ha olvidado una buena parte que es relevante, y se ha desviado enormemente su atención»... [A diferencia de Summers,] lo que me asombra es la magnitud de la catástrofe. Pero aún me asombra más el fracaso aparente de la economía académica para adoptar medidas y prepararse para el futuro. «Tenemos que cambiar nuestros criterios de contratación», esperaba que dirían los departamentos de economía de todo el mundo después de la crisis.<sup>7</sup>

Muchos asistentes a la conferencia confesaron su perplejidad ante «La crisis ha terminado, pero ¿dónde estaba la solución?». El derrumbamiento político del «paquete de rescate» proclamado por todo Occidente fue admitido por todo el mundo, aunque las descripciones de la naturaleza y las causas del fracaso obtuvieron un consenso muy inferior. Algunos han sugerido que el imperativo inmediato de actuar (por parte de la Reserva Federal, el Tesoro, el Banco Central Europeo u otra autoridad) había anticipado la etapa igualmente necesaria de reflexión y reforma. Aun así, la pesadilla proyecta su sombra en forma de contagio de una parálisis incrédula: más allá de sus pretensiones de pericia, nadie que se considerara opuesto a la decadencia neolibe-

ral tenía, en realidad, convicciones muy fuertes sobre dónde debería haberse localizado realmente el fracaso intelectual subyacente a la crisis. Parecían estar unidos únicamente por un vago descontento con el statu quo en economía. Y aún peor, mientras las autoridades vacilaban, las macabras criaturas de la derecha se habían alzado de nuevo, se sacudieron el polvo y renovaron sus fuerzas. Economistas de la talla de Ken Rogoff y Carmen Reinhart tuvieron la audacia de levantarse en el INET y tratar la crisis contemporánea mundial como si fuera otro ciclo económico mediocre: no había sucedido nada adverso ni inaudito. Así pues, las doctrinas confeccionadas en el American Enterprise Institute y el Cato Institute iniciaron su lenta filtración de regreso a la respetabilidad. Los miembros del INET continuaron intentando despertar de la microeconomía neoclásica, las expectativas racionales, las hipótesis sobre los mercados eficientes, el modelo Black-Scholes, el teorema de Coase, la falsa macroeconomía keynesiana, la optimidad, la teoría de la opción pública, la barroca matemática fiduciaria, el fin de la historia —¿exactamente qué? ¿Cómo iba alguien a saber si la solución estaba incluida o no, cuando ni siquiera sabía con seguridad dónde había que buscar orientación conceptual?

El lector podrá objetar que mi única opción era ser yo mismo el culpable de mi pequeño escenario de pesadilla; pues, al fin y al cabo, ¿por qué iba a conjurar un juerguista a sueldo de George Soros un Nuevo Pensamiento Económico auténtico? <sup>8</sup> Como era de esperar, en Bretton Woods no hubo apenas ningún debate serio, ni siquiera un compendio de impresiones sobre posibles caminos alternativos para la economía; no obstante, reinaba una nostalgia tan densa que se podía cortar, sostenida por una variopinta multitud de famosos de segunda (ya que, después de Keynes, ningún economista alcanzará jamás el reconocimiento cultural de un Arnold Swarzenegger, un Bob Dylan o incluso un Malcolm Gladwell) que esperaban disfrutar de un

cosquilleo de transgresión segura; su alborozo moderado por la cautela de que lo más prudente era minimizar cualquier divergencia concreta de una ortodoxia económica que, al fin y al cabo, les había garantizado su dosis de fama. Ninguno de los participantes tuvo la menor duda al abrazar el dogma de que *nada* de lo que había sucedido en los últimos setenta y cinco años había modificado las reglas del juego de la controversia económica admisible de posturas como las de John Maynard Keynes y Friedrich Hayek. Muchos oradores se recrearon abiertamente conjurando la presencia de Keynes en aquellos lugares consagrados. Indudablemente había sido fatuo por mi parte esperar que el INET proporcionara una plataforma para las corrientes de reflexión económica auténticamente divergentes, pues esos famosos habrían evitado la conferencia a toda costa si hubiera estado repleta de poskeynesianos, representantes de la escuela reguladora, institucionalistas y partidarios de Minsky, y aún menos marxistas al estilo chino.<sup>9</sup>

Pero el escenario de pesadilla no se limitaba al INET o a George Soros. Resulta que su alcance ha sido mucho más amplio.

### **De las Montañas Blancas a Mont Pèlerin**

Los días 5 al 7 de marzo de 2009, la Sociedad de Mont Pèlerin (SMP) celebró un encuentro especial en la Zona Cero de la crisis económica mundial, la ciudad de Nueva York, para discutir las implicaciones de los temblores a causa de su proyecto político. Unos cien miembros y un centenar adicional de invitados se reunieron bajo el lema «¿El fin del capitalismo global? Respuestas liberales clásicas a la crisis financiera global». En aquel momento, muchos miembros destacados del movimiento neoliberal temían la posibilidad de que la crisis que se propagaba rápidamente se convirtiera en su peor pesadilla. Después de todo, el principal acon-

tecimiento que había desencadenado en un principio la organización del naciente Colectivo de Pensadores Neoliberales (CPN) fue la Gran Depresión de los años treinta. El heterogéneo grupo inicial formado por Friedrich Hayek, Ludwig von Mises, Lionel Robbins, Milton Friedman y otros había soportado el horror de ser ridiculizado y vapuleado por sus respuestas a la Gran Contracción, relegado a los márgenes del discurso por el fallo total del motor económico del progreso humano. En 1947 se reunieron en Mont Pèlerin para intentar determinar cómo redimirse intelectualmente. En muchos sentidos, la primera generación pasó el resto de su vida viviendo en la vergüenza que había acompañado su marginación y derrota a manos de John Maynard Keynes, Franklin D. Roosevelt, científicos como J. D. Bernal, un grupo de socialistas de mercado como Oskar Lange y Jacob Marschak, y numerosos pensadores políticos europeos. Así que cabía dentro de lo posible que, con la experiencia adquirida, los neoliberales de la tercera generación estarían pertrechándose en 2009 para lo que se les venía encima.

Hace mucho tiempo, un encuentro así del comité ejecutivo de emergencia del CPN habría sido la ocasión propicia para reflexiones etéreas verdaderamente imaginativas, que elaboraran una respuesta óptima al colapso inminente de su apreciada visión del mundo. Tal vez, en una repetición de los años cuarenta, los neoliberales de 2009 habrían podido formular algunas maneras nuevas y transformadoras de reflexionar sobre el mercado, robando algunas primicias a la izquierda al combinar previamente conceptos estadísticos con una nueva revisión de la verdadera naturaleza de la actividad del mercado. Para un historiador, es sorprendente la cantidad de ideas que los neoliberales han tomado reiteradamente de la izquierda durante la última mitad del siglo xx y las han tergiversado para servir a sus propios fines. Sin embargo, al revisar las ponencias de la conferencia de Nue-

va York, se encuentran sobre todo tópicos de lo más previsible y versiones cansinas acerca del malvado gobierno que da origen a la crisis.<sup>10</sup>

Deepak Lal planteó una interesante pregunta en su discurso inaugural: por qué se produjo la crisis cuando tantos «amigos del Securities Market Programme (SMP)», como Alan Greenspan y Jean-Claude Trichet, se encargaban del sistema financiero mundial, e insinuó que quizá no se habían inclinado lo suficiente a favor del «dinero responsable». Niall Ferguson lideró a sus tropas con la doctrina de que la regulación debió de ser la responsable de la crisis, y no sólo algún fallo de la economía de mercado, al tiempo que analizaba su opinión personal de que, en cierto modo, China podría ser la culpable. Gary Becker sugirió que sería mejor no hacer nada en respuesta a la crisis, en lugar de agitarse con todo tipo de recursos gubernamentales. (Este libro rebate ese rumor, cuando se trata de los neoliberales.) Al parecer, en la conferencia reinaba la idea de que los neoliberales (el sobrenombre «liberal clásico» era una cortina de humo que se discutirá en posteriores capítulos) deberían continuar haciendo básicamente lo mismo que llevaban haciendo siempre, aunque la crisis parecía un poco aterradora. Otros observadores de los neoliberales notaron esto poco después: «Y del mismo modo, la derecha americana intoxicada de ideas se desvaneció... En lugar de contar con una economía global crudamente transformada, los pensadores conservadores recuperan temas de debate de hace setenta años de la Liberty League».<sup>11</sup>

Para una parte de la izquierda, esto presagiaba la evidencia del declive relativo del SMP desde su auge de la posguerra, o tal vez es que los participantes han sido cogidos desprevenidos, como la mayoría de los economistas profesionales. No obstante, tres años después, parece que los neoliberales han superado incólumes la crisis. Lejos de que la crisis económica supusiera una sacudida estimulante para el relanzamiento del Colectivo de Pensadores Neoli-

berales en los años treinta, los primeros resultados parecían confirmar más bien su intransigencia, su carácter reiterativo y su falta de imaginación. Ahora se confirma que acertaban manteniéndose inflexibles, porque, contra toda expectativa, nada ha cambiado demasiado con la crisis. Pero los neoliberales no han ganado por omisión —eso habría sido una triste interpretación de los acontecimientos—. Los neoliberales nunca desaprovechan que una grave crisis les gane la partida. En lugar de ello, el colectivo de pensamiento realizó posteriormente una serie de movimientos que consolidaron su triunfo. Este libro pretende documentar las estrategias y analizar sus éxitos. Muchas de estas actividades concernían a la profesión económica.

Desde las Montañas Blancas a Mont Pèlerin, los economistas han sido extremadamente trillados y repetitivos en sus respuestas a la crisis. Esta opinión ha tomado cuerpo en la sabiduría popular, aunque ha tenido un efecto asimétrico sobre los dos extremos del espectro político. La repetición monótona parece haber fortalecido a la derecha admirablemente bien a la hora de capear la crisis, mientras que, por el contrario, ha restado todavía más legitimidad a la izquierda que su lamentable estado durante la década de la gran burbuja. Más allá de formular excusas, planea el interrogante de hasta qué punto el resurgimiento inesperado de la derecha tras la crisis obedece a la existencia de una infraestructura cultural neoliberal que se desarrolló durante el período de 1980 a 2008, y, por otro lado, en qué medida la izquierda ha sido artífice de su propio aniquilamiento. En mi opinión, hay que examinar este fenómeno mucho más detenidamente.

La infraestructura del sistema financiero global no ha sufrido alteraciones sustanciales desde su estado anterior a la crisis.<sup>12</sup> Las «reformas» gubernamentales han demostrado ser superficiales en el mejor de los casos, tanto en Europa como en Estados Unidos. Los nuevos indicios de debilidades posteriores a 2008, como el *flash crash* de mayo de